

**Ernesto,  
el exterminador  
de seres monstruosos  
(y otras porquerías)**

Roy Berocay

loqueleg

## Prólogo o esa parte que va antes de empezar en serio

7

Muchos niños duermen bien. Es decir, van a la cama, se acuestan en la oscuridad, cierran los ojos y... nada más, se duermen. Esos niños no tienen problemas para soñar cosas lindas, roncar como serruchos y darse vueltas para un lado y otro.

Son los niños que tienen suerte.

Porque hay otros que no pueden dormir. Hacen todo bien, van a la cama, se acuestan, cierran los ojos, se apaga la luz... y ahí empieza el asunto.

Primero escuchan ruidos raros, como pasos cerca de la cama. Entonces abren un ojo y creen que las sombras se mueven. El problema es que algunas veces esas sombras se mueven de verdad.

Y peor, las sombras tienen ojos amarillos y terribles y un olor como el que se le escapa a la tía Gladys en los cumpleaños.

Es en ese momento en que el niño, asustado, aterrorizado, mojado de miedo, de susto, de julepe y un montón de sinónimos más, grita como loco, así: ¡Aaaaaaaaaaaaaahhh!

Porque esa es la manera en que gritan los locos y los niños asustados. Si gritaran de otra forma, por ejemplo con la letra “i”, nadie les haría caso porque pensarían que se trata de un delfín cantando. Si gritaran con la “u”, lo confundirían con una ambulancia.

Cuando el niño grita, alguien viene corriendo a ver qué le pasa.

8 Ese alguien puede ser la madre, el padre, el tutor, el perro, el loro o la tía Gladys que vive con ellos desde que quedó viuda hace dos años.

Claro que hay diferentes maneras de hablarle a un niño asustado, a uno que acaba de gritar con la letra “a”.

—No tengas miedo, mi amor, ¿ves que no hay nada en el cuarto?

Esa podría ser la madre cariñosa que encendió la luz y abrazó al nene.

—¡Pedazo de tarado! ¿Otra vez gritando vos? ¿Cuándo vas a crecer y dejarte de bobadas?

Esa puede ser otra versión. Todos sabemos que hay adultos así. En este caso podría ser el padre, un hombre serio, trabajador y de bastante malhumor.

El perro, claro, no diría nada. El loro en cambio diría muchas cosas, pero es mejor no ponerlas.

La tía Gladys no llegaría a decir nada porque con el apuro se llevaría el ropero por delante y se le aflojaría la dentadura postiza.

Pasado ese momento, el niño quedaría otra vez solo en el cuarto, con la luz apagada, la cabeza en la almohada y los ojos cerrados.

El ruido otra vez.

Pasos en la habitación.

Y esos mismos ojos amarillos.

Ahí cerquita.

Mirándolo.

¡Aaaaaaaaaahhh!

En ese caso las madres, padres o tutores tienen varias opciones: internar al nene en el manicomio, hacer como en los cuentos antiguos y abandonarlo en medio del bosque para que se lo lleve el ogro...

...o llamar a Ernesto, el exterminador de seres monstruosos.

## Ernesto, el que caza en la casa (ingenioso e inútil juego de palabras)

10 Ernesto se encontraba en su oficina, que en realidad era un cuarto que tenía en su casa. Trabajaba con seriedad y concentración; lo intentaba una y otra vez y volvía a la acción. Aquello no era fácil, hacía falta tener buen pulso y firmeza para lograr el objetivo. Por algo Ernesto era Ernesto, el famoso héroe de los niños miedosos: no cualquiera podía untar dulce de leche en una galletita usando un destornillador. Y menos que menos sin romper la galletita.

Como todavía quedan en el planeta algunas personas que no conocen a Ernesto, sobre todo en Botswana y la lejana Isla de los Monos, allá en el archipiélago Murakami, conviene hacer una breve presentación.

—Ernesto, te presento al mundo.

—Mucho gusto.

Si esa presentación no resultó suficiente, digamos que Ernesto es un muchacho no muy alto ni muy bajo, o sea, mediano. Es gordo, fanático de las medialunas de jamón y queso y de la música a todo volumen. Esto

último resulta muy agradable para sus vecinos durante la hora de la siesta, sobre todo cuando Ernesto practica en su instrumento favorito: la batería. También suele eructar cuando se pone nervioso y viste de negro, hasta en los calzones. Usa siempre una gorra de lana y anda por la ciudad en una motoneta vieja y azul.

Alguno dirá que esta presentación es aburrida y que no hace falta. Es verdad, cada uno puede imaginar a Ernesto como quiera. Pero al menos así pueden tener una idea de cómo es en realidad, por si se lo cruzan en el supermercado.

11

Falta decir que Ernesto tiene una voz muy muy grave y fuerte, y una risa que, por supuesto, también es muy muy grave y fuerte.

¿Quieren saber cómo es la voz grave y fuerte de Ernesto?

Escuchen.

—Ernesto, por favor decí algo grave y fuerte.

—Hola, hola, probando... uno, dos... probando...

—Gracias.

El asunto es que, como ya dijimos, Ernesto es un exterminador de seres monstruosos. Si no lo creen, solo tienen que fijarse en la guía telefónica, en la letra “E”, justo después de “Exterminadores de rododendros”.

No es un oficio muy común el de Ernesto. Exterminadores de rododendros hay montones, pero de seres monstruosos, sólo él. Claro que algunas personas se confunden y lo llaman para que extermine a

un vecino insoportable o al perro del almacenero que es malísimo y siempre quiere morder a los niños. Pero su trabajo no es ése.

Su trabajo es otro.

Si de verdad quieren saber cómo se inició en esta difícil profesión, tendremos que viajar al pasado...

12      Todo comenzó cuando Ernesto tenía seis años y vivía con sus padres en una casa pequeña. Él dormía en un altillo al que se llegaba por una corta escalera de metal.

Una noche, después de despedirse de sus padres y mientras subía la escalera, escuchó ruidos. Se dio cuenta de inmediato de que un monstruo se había metido en su cuarto.

Pero, ¿qué hizo Ernesto?

¿Salió corriendo?

¿Se puso a gritar como loco?

¿Se mojó los pantalones?

¿Corrió a encerrarse en el cuarto de baño?

Sí.

Hizo todo eso.

Más tarde, ya cambiado de ropa y convencido por sus padres de que no había ningún monstruo en el cuarto, Ernesto se animó a entrar. Prendió la luz, se acostó, apagó la luz.

Y escuchó aquel sonido tremendo que salía desde abajo de la cama.

Y otra vez aquel ruido sordo que hizo temblar su colchón.

Ernesto pensó en levantarse, correr, gritar, volver a mojarse los calzoncillos... Sería inútil. Sus padres no le creerían y lo llevarían de vuelta al cuarto.

Y además ya no le quedaba ropa interior limpia.

No.

Tenía que ser valiente.

Entonces respiró hondo y miró debajo de la cama.

Aquellos ojos brillantes y malvados lo miraron.

—Soy un monstruo horrible —dijo el monstruo horrible para asustarlo.

—¿Ah sí? Y yo soy Ernesto —contestó él.

El monstruo horrible se quedó muy sorprendido. Nunca le había pasado eso antes. Estos mocosos se estaban poniendo cada vez más atrevidos.

—¡Te digo que soy un monstruo horrible! —insistió la criatura.

—¡Y yo soy Ernesto!

Entonces el monstruo hizo aquel ruido tremendo. Dejó escapar ese sonido que hizo temblar la cama. El cuarto se llenó de un terrible olor a basura, a ballena muerta, a garrafa mal cerrada, a caño, a palabra que empieza con la letra número diecisiete del alfabeto castellano y sigue con la primera nota de la escala musical.

No, no es fa menor.



Pero Ernesto, en lugar de asustarse, o de correr hacia la ventana para tratar de respirar aire puro, comenzó a reírse.

—¿De qué te reís, niño inmundo?

El monstruo estaba indignado.

—De vos, monstruo nabo. ¿Esto es lo único que podés hacer?

El monstruo pareció confundido.

14 —Bueno, este... sí... es decir, hay una gran variedad de monstruos, algunos son bastante complicados, pero yo tengo sólo dos funciones: meterme bajo las camas y, bueno, hacer eso que acabo de hacer.

—¿Nada más?

El monstruo se puso a llorar.

—¡Es que soy un modelo viejo, estoy a punto de jubilarme! ¡Ya no logro asustar a nadie! —un hilo de mocos monstruosos le chorreó desde la nariz—. ¡No sirvo para nada!

Entonces a Ernesto le dio mucha pena y lo dejó quedarse a vivir en su cuarto, siempre y cuando controlara el molesto asunto del mal olor.

Ese día Ernesto se dio cuenta de algunas cosas muy importantes, de esas que le cambiarían la vida para siempre: que los monstruos existen de verdad y que se los puede derrotar.

A partir de entonces juró que cuando fuera grande se dedicaría a eso: exterminar monstruos malvados que asustan a los niños por las noches.

Con el tiempo Ernesto creció hacia arriba y hacia los costados, y descubrió un montón de cosas más.

Por ejemplo, que no todos los monstruos eran tan fáciles de derrotar como aquel de su infancia.

Pero nunca más le tuvo miedo a nada.

Hasta aquí la explicación de por qué Ernesto es como es.

Ahora volvamos al presente con nuestro héroe...

15

Ernesto subió el volumen de su equipo de audio todavía más. Los vidrios de la ventana temblaron.

—¡Ajá! ¡Al fin! —exclamó muy contento terminando de untar su galletita número ochenta y siete.

En ese momento sonó el timbre.

No lo oyó.

La música estaba ultra fuerte y eso le daba ganas de hacer cosas. Se puso de pie de un salto y se imaginó que estaba en un gran escenario frente a miles de personas. Sobre todo chicas bonitas.

El timbre volvió a sonar.

—¡Jai-uei tu jel, am ana jai-uei tu jel! —cantó Ernesto mientras saltaba y tocaba una guitarra eléctrica imaginaria.

El timbre volvió a sonar.

Ernesto creyó oír algo. Dejó su guitarra imaginaria sobre la mesa de verdad y bajó el volumen del equipo.

El timbre volvió a sonar.

Ernesto bajó la escalera y abrió la puerta. Una mujer y un hombre lo miraron sorprendidos.

—¿Es usted el exterminador de seres monstruosos? —preguntó la mujer, apretando su cartera con desconfianza.

—Y de otras porquerías —agregó Ernesto.

—Sí, perdone, eso también —se disculpó la mujer.